

Contorno y alrededores: mito de origen y genealogía de la crítica argentina

Marcela Croce

Publicado en: *Ispanoamericana. Letterature d'America*, a. XXVI, n° 110, 2006; pp. 43-77

El programa más antiguo del compromiso local

La revista *Contorno* (1953-1959) fue establecida como mito de la crítica argentina. Los diez números que la componen se reducen en realidad a seis (a partir del 5/6, de 1955, se trata de volúmenes dobles); el grupo que la organizó se resuelve en los hermanos Viñas y la asistencia dispar de Adolfo Prieto, León Rozitchner, Ramón Alcalde y Noé Jitrik; su circulación quedaba restringida a la Facultad de Filosofía y Letras y sus adyacencias (una sección recortará el circuito en el título "San Martín y Viamonte"). Dentro de ese núcleo más o menos constante, Alcalde y Rozitchner tuvieron un desempeño intenso en la campaña a favor de la presidencia de Arturo Frondizi y no tardaron en desencantarse con sus medidas de gobierno prolijamente contradictorias con sus promesas electorales; David Viñas, con un afán crítico que excede su producción ensayística, condenó ese desprestigio en 1962 en la novela *Dar la cara*. Más laterales al grupo fueron Adelaida Gigli –compañera de David en esos años--, Juan José Sebrelí y Oscar Masotta. Casi episódicos resultaron Carlos Correas (próximo al futuro sociólogo Sebrelí y al posterior crítico de arte Masotta), Francisco Solero y Rodolfo Kusch, cuya impronta esencialista se verifica en el homenaje a Ezequiel Martínez Estrada contenido en el N° 4.

Pese a tales precisiones, *Contorno* se convirtió en un referente crítico cuya herencia se advierte en las décadas siguientes: en los '60 y '70, a través de los libros de David Viñas, el más consecuente con el proyecto original de la publicación, impregnado de sartrismo y con una firme voluntad de alterar el canon de la literatura argentina¹. También en esos años

¹ Los libros de Viñas se inician con *Literatura argentina y realidad política* (Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964), al que suceden *Laferrère: del apogeo de la oligarquía a la crisis de la ciudad liberal* (Rosario, Universidad Nacional del Litoral, 1965; luego reeditado en 1967 por Jorge Álvarez, y en dos tomos por Siglo Veinte, en 1973 y 1975 respectivamente), *Grotesco, inmigración y fracaso* (Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969; inicialmente fue el prólogo a las *Obras Escogidas* de Armando Discépolo. Fue reeditado varias veces), *De los montoneros a los anarquistas* (Buenos Aires, Carlos Pérez, 1971) y *De Sarmiento a Cortázar* (Buenos Aires, Siglo Veinte, 1971).

Oscar Masotta se distinguiría, primero con su abordaje fenomenológico de Roberto Arlt (figura exaltada en el N° 2), luego con sus especulaciones sobre la cultura de masas —a partir del impacto provocado por Marshall McLuhan con *La Galaxia Gutenberg*--, subrayando el arte *pop* y la historieta; finalmente, con un giro psicoanalítico que derivaría en la fundación de la Escuela Freudiana de Buenos Aires en 1974².

Más allá de las producciones individuales de los ex contornistas, la descendencia del empeño de leer la literatura en correlación con la sociedad se verificará en otras publicaciones y especialmente en la obra de los críticos que a partir de los '70 difundan sus trabajos. La relación literatura/sociedad no implica en modo alguno un fenómeno de determinación, tan típico de cierto mecanicismo que impregnó la crítica marxista de la época y que acaso sea la razón por la cual György Lukács es esquivado por los miembros de la revista, aunque también prescindan del marxismo gramsciano y sólo integren a Sartre fuera de las disputas con el PC que mantenía en esos años de incipiente postestalinismo. Resulta bastante extravagante, en función de estos datos, la tradición oral que asocia a los contornistas con ciertas variantes del marxismo, cuando es más clara su filiación con Sartre y las propuestas de la revista *Les Temps Modernes* desde la cual se manifestaba *la rive gauche* parisina³.

Lo que queda en evidencia en *Contorno* es la militancia antiperonista. El N° 7/8 desborda en críticas al régimen, si bien para esa época (1956) ya había sido derrocado. En un artículo, Ismael Viñas se congratula por el golpe militar que ha hecho desaparecer al “jefe de manzana” y silencia su propia situación: a partir de la Revolución Libertadora, pasó a ocupar la secretaría de la Universidad de Buenos Aires acompañando la intervención del socialista

² Los libros de Oscar Masotta comienzan con *Sexo y traición en Roberto Arlt* (Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1965) y prosiguen con *Happenings* (Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1967), reúnen buena parte de los artículos publicados en revistas en *Conciencia y estructura* (Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1968) y antes de volcarse al psicoanálisis cierran la etapa de la crítica de los medios con *La historieta en el mundo contemporáneo* (Buenos Aires, Paidós, 1972).

³ Tal vez la lectura de las obras que imponen ciertos artículos a partir de la situación de clase del autor sea la razón de que se invoque un marxismo que era poco conocido por los contornistas. Quien más parece haberlo manejado en esos años es su abjurador más ferviente en la actualidad, Juan José Sebrelli, quien en *Martínez Estrada: una rebelión inútil* (1960) le reprocha al autor de *Radiografía de la pampa* prescindir de categorías marxistas en su diagnóstico de la Argentina. Algo similar, aunque más virulento y con menor respaldo teórico, hace Prieto en *Borges y la nueva generación* (1954), donde condena la literatura borgeana por los mismos motivos. No obstante, el hecho de que Sartre publicara en *Les Temps Modernes* los cuentos de Borges que en la Argentina circulaban en los números de *Sur* obligó a una revisión de esa postura que provocó un inaudito silencio sobre la producción borgeana en *Contorno*.

democrático José Luis Romero, quien había sido exonerado de sus cargos públicos durante el peronismo. Pero lo más significativo del número es el editorial en el cual se propone una “tercera posición”, si cabe el sintagma: ni el peronismo con su censura y sus persecuciones – David Viñas admitirá que el ministro de Educación, Oscar Ivanisevich, era una de las figuras contra las cuales predicaba la revista; la otra era Eduardo Mallea--, ni el liberalismo liderado por *Sur* que ya había cooptado a Sebrelí, quien dando a un mismo tiempo para dos rivales se ufana de su proximidad con Victoria Ocampo en “Celeste y colorado” (1952) e inauguraba *Contorno* con “Los martinfierristas: su tiempo y el nuestro” (1953).

En el orden estrictamente literario, la revista modernizó el vocabulario de una crítica que se había anquilosado en fórmulas, que no vacilaba en excederse en hipérbolos y en echar mano de un repositorio retórico que en ocasiones no registraba un sustento textual o ideológico. La publicación de los jóvenes universitarios, que tributaba a la contemporánea *Centro* editada desde el Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, propuso una lectura de la literatura argentina en la cual la sucesión cronológica no fuera un accidente sino una guía para dar cuenta de las modificaciones históricas inscriptas en las producciones concretas.

La sucesión que registra *Contorno* en la crítica argentina se desprende especialmente del N° 5/6 sobre la novela argentina, que configura un plan de historia de la literatura local donde se evalúan nuevos nombres (como los de los comunistas: Varela, Manauta), desecha algunos clásicos de la época (el inefable Mallea, el inevitable Gálvez), reivindica a los desatendidos por su adscripción peronista (Marechal) e introduce una lectura política de los fundadores (el artículo firmado por David Viñas con el seudónimo de Raquel Weinbaum, “Los dos ojos del romanticismo”, arraiga en elecciones lingüísticas la dualidad entre partidarios y opositores del rosismo). Además de Viñas y Masotta, dos mujeres retomarán algunos postulados contornistas e, incluso cuando se aparten de ellos, declararán su formación a través de *Contorno* y de algunos de sus integrantes más notorios: Beatriz Sarlo y Josefina Ludmer, también colaboradoras de publicaciones periódicas.

Mientras Ludmer se suma al grupo de *Los Libros* (1969-1976) en su primera etapa, cuando la revista dirigida por Héctor Schmucler se proponía “poner al día” la crítica local –a través de la importación del estructuralismo y sus secuelas--, Sarlo integrará el consejo de dirección de la misma en la última etapa y fundará *Punto de Vista* en 1978 con la voluntad de vincular literatura y sociedad e imponer ese ejercicio como modelo crítico, proclamado en

títulos como *Conceptos de sociología literaria* (1982) y *Literatura/Sociedad* (1984), en ambos casos en colaboración con el historiador Carlos Altamirano.

David Viñas: crítica de la razón polémica

Literatura argentina y realidad política (1964) fue la primera continuación efectiva del proyecto contornista, especialmente del número sobre la novela argentina y de los homenajes a Arlt y Martínez Estrada. Retóricamente, Viñas diseñó una escritura crítica renuente al pretendido cientificismo de la filología y proclive a la arbitrariedad promovida por el ensayo, estableciendo como rasgo estilístico la apertura de los capítulos con acápites y el inicio de los párrafos con axiomas, certificados como tales por la disposición que los toma como punto de partida y evita demostrarlos. Como el “filosofar a martillazos” nietzscheano, el despliegue de Viñas no evidencia nunca el modo en que se llegó a ese enunciado sintetizador sino que procura darle valor de verdad a través de las connotaciones que se le van adosando, de las consideraciones que se desprenden de él, de las evaluaciones de la que funciona como patrón. Un ejemplo del libro inicial: “La literatura argentina empieza con Rosas”. Esa afirmación se va redefiniendo en textos sucesivos pero nunca pierde su carácter categórico: “La literatura argentina emerge alrededor de una metáfora mayor: la violación”, rescribirá en *De Sarmiento a Cortázar*, sin modificar ni el papel de Rosas ni el lugar fundacional que le reserva a Echeverría.

Viñas se comporta como un fiscal de la literatura argentina, empeñado en hacer de la crítica una sucesión de juicios de valor contra las tendencias descriptivistas y contra el afán deshistorizador promovido por el estructuralismo, en tanto modelo que prescinde de las condiciones de producción de los textos. Como fiscal, su vocación de denuncia se irá perfilando como vocería de la clase oprimida, con las diferentes representaciones que la misma pueda adquirir espacial y temporalmente: son tanto los indios sometidos en la Conquista de América como los montoneros reprimidos durante la organización nacional, los indígenas liquidados en la Conquista del Desierto como los anarquistas apaleados y ultimados en las huelgas –o deportados con la aplicación de la Ley de Residencia–, o las víctimas de la más sangrienta dictadura militar que se corresponderán, en *Indios, ejército y frontera* (1979), con los pueblos masacrados en la Patagonia. De allí la elección organizativa

del libro, contrafrente denunciante de la fachada militarizada con que se conmemoraron los cien años de la “epopeya” del general Roca: una sucesión de *estrofas* y *antistrofas* que reponen la estructura de la tragedia clásica, sin héroes suicidas sino fusilados, sin dioses *ex machina* sino con el siniestro *Dieu caché* castrense en el que se revela la influencia de Lucien Goldmann.

Convertir en cosas a los hechos se advierte como un imperativo materialista; es la materialidad de los textos la que domina el ensayo crítico de Viñas, para quien los discursos son actos de habla, performativos que descreen de la distancia entre las palabras y las cosas. El vocero cumple la función de restituir la historia como concreción; su figura ética se ocupa de actualizar en el discurso los silencios que el ejercicio liberal de la historia ha determinado. La concepción performativa alude al método con el que Viñas aborda los textos, sobre el cual hay que restituir la relación entre teoría y praxis (que, en el modelo sartreano al que inicialmente adhiere el ex contornista, se resuelve en el método progresivo-regresivo sobre el cual se construyen las grandes “biografías”: la de Baudelaire, la de Genet, la de Flaubert). La praxis es la construcción crítica misma; la teoría es todo el bagaje previo con el cual se ha formado la ideología crítica. La literatura, en esa conjunción, funciona como mediación de la política y de la sociedad⁴. La tensión permanente que ella permite se asienta en la crítica de Viñas no sólo en formas sintácticas como los apelativos, el uso irregular de los conectores discursivos y cierta puntuación que vuelve extraña la escansión de las frases, sino también en el énfasis que pone el crítico en conservar ese tironeo sin resolverlo, descreyendo de las superaciones dialécticas y sosteniendo el enfrentamiento.

Si hay una argumentación en los textos de Viñas, paradójicamente su objetivo no es persuasivo sino coercitivo; si se puede reconstruir el razonamiento crítico no es sobre estructuras argumentales que lo soporten: de allí la calificación que prefiero de “razón

⁴ La resistencia a las mediaciones, entiendo, se debe a que Viñas quiere recuperar al hombre real a través de la literatura, sin las previsiones que arrastra la configuración del “tipo” que alentaba Lukács. Las mediaciones promueven una idealidad que el enfoque materialista debería desdeñar. Son una resolución artificial de contradicciones, en el mismo sentido en que Frederic Jameson define el ideograma como resolución imaginaria de contradicciones reales; lo que restituye Viñas son justamente las contradicciones reales, las condiciones en las cuales se propone la resolución ficticia y subrayando que sólo puede ser ficticia esa solución, excepto que sobrevenga una revolución. Cfr. Frederic Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie*. Madrid, Visor, 1994.

polémica” en la línea bachelardiana que sostiene que con ella se avanza por contradicciones, sin producir certezas positivas pero alentando —e incluso consiguiendo— la desestabilización de las razones constituidas, y especialmente de las institucionalizadas. Es, sin duda, la razón que más conviene a una práctica de empiria tan poco rigurosa y tan desafiante como la crítica literaria, y en especial a la crítica davidiana cuyo *pólemos* discursivo desconfiaba de cualquier dialogismo que no promueva la réplica.

Literatura argentina y realidad política instala una originalidad en la crítica argentina: la de relegar al segundo plano los textos propiamente “literarios” de los autores escogidos para destacar las figuras intelectuales de cada uno a través de una “tipificación” trazada sobre la práctica del viaje, en la cual es posible reconocer claramente la adscripción clasista ya desde el momento en que las diferencias de pasajes se definen como “clases”: primera, turista, *business*. La direccionalidad del viaje se ratifica en las preposiciones que organizan títulos y subtítulos: puede ser la estructura “de... a...” (*De Sarmiento a Cortázar*), o “de.. hacia...” (“Del Perú de González Prada hacia Mariátegui y el aprismo”), y eventualmente “pasando por” y “hasta recalar en”. Así, del mismo modo que Karl Marx es más preciso en su identificación de las clases sociales en *Miseria de la filosofía* que en *El Capital*, Viñas otorga una densidad —y un espacio— mayor al tratamiento de las clases en la sección de los viajes que en aquella donde hubiera resultado más previsible tal desarrollo, “‘Niños’ y ‘criados favoritos’”, cuya especificación inicial vuelve a la direccionalidad del trayecto: “de *Amalia* a Beatriz Guido”.

El trayecto que se diseña sobre el uso direccional de las preposiciones es estético-político. Así aparece en “Evaristo Carriego: del tango al melodrama populista” donde se invierte el intimismo de “‘Niños’ y ‘criados favoritos’”. Aquí el “rincón” se subvierte en arrabal; el espacio de Carriego se sustrae a la vociferación y la denuncia para resolverse en murmullo, a lo sumo chismoso. Viñas acude a una consecutiva para enunciar la hipótesis que vincula los puntos entre los que se desplaza el poeta de Palermo: de las *Fêtes galantes* al sainete. De allí al grotesco —es decir, a “Grotesco, inmigración y fracaso”— media una distancia ínfima verificable en una enumeración: “La vertiente populista del anarquismo del 1900 ya preanuncia el grotesco criollo de *Babilonia*, y a las larvas, aguafuertes y locuras de Boedo y *Cambalache*”.

A través de estas prácticas discursivo-ideológicas, Viñas cambia no sólo el método de la crítica sino también su retórica, abandonando el mandamiento tácito que ordena que la

crítica debe carecer de estilo. Exacerbando los rasgos estilísticos, Viñas prolifera en bastardillas para remarcar las palabras que lo seducen o lo perturban, abusa de las comillas para introducir enunciados que se presuponen citas sólo por ese desatacado, insiste en los dos puntos para introducir conclusiones al cabo de un párrafo, instala una prosodia que verifica la relación con lector, funda la interlocución con algunos autores (por ejemplo, con Cortázar), incluye citas falsas y configura los títulos como trayectos (*De los montoneros a los anarquistas*), como tipologías (“El viaje consumidor”) o como bимembraciones y trimembraciones que coordinan sin resolver (*Indios, ejército y frontera*).

Viñas maneja una serie de recursos de persuasión mediante los cuales trastorna la argumentación y la desfigura interponiendo una arbitrariedad que distingue al discurso. La crítica privilegia la polémica sin aceptar las reglas del *pólemos* exponiendo la antemano la resistencia a cualquier otra opinión que no responda al sistema de conceptualización que diseña. La preferencia por la retórica antes que por la argumentación tiene como correlato la opción por la altisonancia como imposición de convicciones más que de razones. Lenin condenaba tal práctica como vicio intelectual, y Viñas no rechazaría tal impugnación: “Pronunciar frases altisonantes es una propiedad de los intelectuales pequeñoburgueses desclasados”⁵; en los años de *Contorno* el crítico convocaba a “desgarrarnos de nuestra clase”⁶.

La metafórica de Viñas es el modo en que predomina la retórica sobre la argumentación lógica, y su arraigo teórico y estilístico es marxista, aunque el discurso crítico no pueda identificarse como tal sin matices. Más que el marxismo, lo que adquiere preeminencia en la escritura crítica es el anarquismo con su renuencia a los modelos, su resistencia a la jerarquización, su voluntad de ruptura. La reunión de mecanismos retóricos con arbitrariedad anárquica en los anunciados acerca la crítica davidiana al ensayismo que formula hipótesis cuya comprobación prescinde de rigor y no se ajusta a principios epistemológicos, además de solazarse en una metodología que traza series caprichosas: puede ser la tipología de viajes que domina los libros iniciales o la sucesión de cárceles latinoamericanas que organiza la geopolítica de *Anarquistas en América Latina* (1982).

⁵ V.I. Lenin, *Acerca del infantilismo izquierdista y del espíritu pequeñoburgués*. Moscú, Progreso, 1980 (p. 6).

⁶ Citado por Oscar Terán en *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires, Puntosur, 1991.

Acaso los rasgos panfletarios de este discurso sean un punto de partida eficaz para plantear la relación entre crítica y ensayo. Algunos ejercicios son más proclives a la primera forma –por la frecuencia y extensión de las citas (*Laferère...*), por cierta voluntad sistemática que se comprueba en la materialidad verbal (“Mármol: los dos ojos del romanticismo”)–; otros a la segunda (la heterogeneidad de registros, los frecuentes exabruptos, la proliferación de bastardillas). Mediante el ensayo Viñas accede al performativo denunciante que se preocupa por diseñar y para cuya enunciación ideal configura al “vocero” con una actitud sostenida de resistencia y choque. Tal vez la metáfora más significativa de sus textos sea la *mancha temática*, inicialmente vinculada al viaje con la *plataforma sumergida* que repone la familiaridad tectónica dominada asimismo por Martínez Estrada. La *mancha temática* se va densificando hasta culminar en *Indios, ejército y frontera*, donde su funcionalidad corresponde a la operación de extensión de tesis que desarrolla Viñas: las hipótesis reiteradas y sobresaturadas se convierten en tesis antes por la disposición retórica que por una verificación efectiva.

Más que a figuras retóricas preestablecidas, el crítico recurre a una cadena semántica que se configura sobre sustantivos –el *sub-stare*, como sostenía en *Contorno* respecto del énfasis martinezestradiano en la geología–, exasperados en una nominalización tácitamente regida por el verbo del cual se desprende. Esa cadena se inicia en el “magnicidio”, pasa por el “genocidio” y desemboca en la “matanza”, la más desembozada y salvaje de las prácticas. Tales hechos dependen de un entrenamiento preciso y reclaman dos tipos de profesionales: por un lado, los militares denunciados en una pregunta acusadora –“Y los que la cometieron, ¿fueron entidades ajenas a lo militar?”–; por el otro, los “profesionales de la historiografía” a quienes Viñas obsequia con una interrogación igualmente responsabilizadora: “¿cómplices o afónicos?” Entre los militares asesinos y los historiadores cómplices establecen las condiciones para que las repercusiones de la masacre de 1879 se extiendan al menos hasta 1979: “quizá, los indios ¿fueron los desaparecidos de 1879?”

Algunas figuras suscitan, más que el juicio equilibrado que promueve cierta crítica, la posibilidad de que el intelectual denunciante encuentre una definición de sí mismo mediante la aproximación o el alejamiento a los objetos escogidos. Del primer lado se ubica Roberto Arlt –arrastré contornista, por otra parte–; en el opuesto se coloca a Leopoldo Lugones. Con él se establece una confrontación en torno de la palabra que pone en duda la

condición “profética” lugoniana, enfrentamiento que se replica con otros rasgos sobre Eduardo Mallea –otra supervivencia de los énfasis de *Contorno*--, a quien signa el epígrafe “Yo no sé hablar” y cuya pasividad Viñas atribuye a que “es hablado por la *Gran Cultura*”. No tiene condiciones para vocero; apenas si puede pretender ser portavoz en el sentido elemental y reduccionista del término: lleva la voz del otro e incluso se presta a amplificarla, pero no tiene permitidos más énfasis que el tonal ni más añadidos que los que aseguran una mayor precisión.

La voz que mayores resonancias registra en el discurso davidiano es la que inicia *De los montoneros a los anarquistas* (1971), texto escrito a la par que *De Sarmiento a Cortázar* como reunión y análisis de los materiales históricos utilizados para la reconstrucción intelectual. La operación crítica de recuperación de los postergados recorta su campo con coordenadas que “se van exacerbando de manera intolerable” frente a las cuales el discurso heterodoxo se vuelve hipertrófico. Dos puntos revisten particular significación en esa actitud: la reparación de una “injusticia histórica” desde el discurso y la producción de la misma por parte de un intelectual que no pertenece a esa clase, pero que se hace cargo de ella para darle la voz y para borrar cualquier sospecha de arbitrariedad sobre una producción empeñada en ofrecer otra versión de una historia que ha sido relatada tradicionalmente con mínimas variables.

La política como horizonte de la crítica de Viñas es el correlato de la historia como eje organizativo de sus discursos. Los aspectos políticos se integran desde la estructura dialéctica típica de la lucha de clases hasta el diseño de tensiones permanentes que atraviesan todos los análisis. La política complementa a la historia para trazar el contexto desde el cual es convocada y atraviesa los análisis textuales que la vuelven manifiesta exhibiendo la voluntad crítica de establecer una política de la literatura de la cual se desprenda una historia política de la literatura argentina, el antiguo proyecto contornista relegado al N° 5/6, restringido a la novela argentina y olvidado por la mayoría de los miembros de la revista.

Para justificar la coherencia de clase que convierte a Mansilla en una figura simétrica a la del crítico como vocero que aspira a la máxima coherencia con la clase a la que se obstina en expresar, Viñas cita a Christopher Caldwell –iniciando una serie de teóricos y críticos marxistas que se irá expandiendo en Raymond Williams, Frederic Jameson y Terry

Eagleton a medida que avanza en sus libros⁷--: “el *spleen* es una enfermedad de señores y tomar a la literatura como antídoto contra el aburrimiento, el dato principal de un síndrome de clase”. Si existe un “síndrome de clase” es porque ella misma es una patología. Viñas se encarga de desbrozar ese síndrome en síntomas que agrupa arbitrariamente: en Mansilla se destacan los “lugares comunes” sobreabundantes en sus textos, tanto los *clisés* como el *entre nos*; al fin y al cabo, dos formas de reconocimiento. En *De Sarmiento a Cortázar* se subraya la función interiorizante que corresponde a los *gentlemen* a partir de ciertos sustantivos que Viñas bastardiza tipográficamente mediante las bastardillas que admiten que la literatura como propiedad de la élite se encierra en “la *catácumba* del libro, el *recinto sagrado* de la escritura, el *tabernáculo* de la lectura y la *cripta* del escritor”, todos ellos variaciones sobre el tópico de la Torre de Marfil.

El crítico advierte que la gestualidad del 80 está dispuesta de modo tal que el cuerpo “dice” a la clase, se mueve como una lengua –en tal sentido, la escenografía en que los cuerpos se desplazan participa del código y actúa como un diccionario— y por lo mismo deglute y habla. Al cuchicheo “en letra chica” se suman el descenso del tono y la pérdida de la mayúscula. Cuando la clase se anonimiza, el crítico le replica reservándole la bastardilla. La quietud que es de buen tono en los espacios elitista muestra el estatismo: “la correlación es obvia: quietismo histórico, oligarquía congelada, público solitario y acrítico, literatura de fórmulas y claves restringidas”. De la fórmula al formulario media un paso mínimo que la burocracia se encarga de cumplir. La reserva que caracteriza a la élite repercute en la retracción discursiva que ostenta, con las formas menores e intimistas de la *causerie* y la *petite histoire*.

En 1995, cuando se publica *Literatura argentina y política*, no es sólo la supresión de la “realidad” del título lo que se ha modificado. La “voluntad nacional” que provocativamente inauguraba el libro de 1964 ahora se establece como “la historia de un proyecto nacional”. Lejos del voluntarismo, los intelectuales sostienen un programa. Las afirmaciones categóricas que funcionaban como armas arrojadas en los libros previos

⁷ El epígrafe que inaugura la reedición del libro inicial en *Literatura argentina y política* (Buenos Aires, Sudamericana, 1995, 2 vols.) corresponde a Eagleton. La introducción del marxismo anglosajón no es sólo una adhesión resuelta en cita de nombres sino una decisión que resuena en las líneas a las que acude Viñas para destacar que lo único que le interesa instalar es la discusión, convirtiendo a la reflexión en instrumento polémico: “la dramática de la ciudad [...] siendo una alternativa no impone sino que solicita otras perspectivas para cuestionar y cuestionarse”.

registran cierta atenuación entre matices e interpolaciones que desarrollan la nueva versión del libro inicial que se perfila como síntesis y exposición de conclusiones de una historia crítica de la literatura argentina. La lectura de la política, orientada desde conceptos literarios, acude a las comillas como señal de distanciamiento respecto de la terminología que dominaba el texto de 1964. Coherente con su método, Viñas historiza su propia práctica, enfatizando las operaciones de lectura y reescritura producidas en los treinta años que median entre ambas versiones, como si las tres décadas transcurridas inclinaran al crítico a interrogar las ambigüedades antes que a exacerbar las contradicciones. Más aun: la contradicción se reconoce como el resultado de plantear la elección en términos no dialectizables, suprimiendo los intersticios en los que opera la mitigación. Ésta no sólo altera el discurso previo sino los grandes sistemas rectores como el marxismo, de modo que la “clase dominante” se trueca en “clase directora” y la dialéctica dominantes/dominados cambia en directores/dependientes, una conceptualización más apta para la denuncia del imperialismo que se perfeccionará en *De Sarmiento a Dios* (1998).

En vez de las mediaciones sobre las que teorizaba Lukács, Viñas privilegia ahora las connotaciones, formas de inscripción del extremismo contra las que se preserva la denotación. En el pasaje de lo denotativo a lo connotativo se genera la retórica más propicia para la tensión y la correlación que se entabla entre literatura y política. Mientras la historia se expande en contextos, la organización discursiva se aboca a la indagación de los textos, y en los puntos de cruce de ambos dominios se alcanzan ciertas fórmulas: puede ser “el grotesco va brotando como la interiorización del sainete”, o “la dinámica sainetera se trueca en torpeza” que culmina en la admisión del grotesco como “el sainete dialectizado”. Viñas prefiere mantener los términos en tensión, a lo sumo ofreciendo como sucedáneo de síntesis la crispación: mayor tensión, no resolución. La historia se enuncia como trayecto de exasperación y la metodología con que se encara radica en la organización de series: el “entramado” y la “red” –y el correlativo “revés de trama”– forman sistema con los “flecós”, metáfora de los elementos resistentes que apenas si pueden aspirar a la sobrevivencia.

La crisis del liberalismo, si desde la historia se constituye en catálogo de rasgos, en el plano literario se verifica en la conversión del rezago en tópico. La élite mantiene la pretensión de convertir sus códigos en normas universales, politizando el imperativo categórico, abundando en gestos que se integran en una axiología que no cesa de corroborar jerarquías. En el extremo opuesto, el crítico se atrinchera en el anarquismo expandido en

todos los órdenes: en la negación lingüística, en la desestabilización de los sistemas, en la alternación de los géneros, en la irreverencia hacia los conceptos hegemónicos, en la reversión desafiante de los discursos del poder. El extremismo crítico convierte las caracterizaciones en definiciones, señala una característica como condición y eleva toda condición a necesaria y suficiente. La “prefiguración” como relación de precursoría, la “condensación” como conglomerado de rasgos –los “meandros” que, a la manera de flecos, sostiene la figura del río con “afluentes” en la sucesión de analogías hídricas que enfatizan el carácter fluvial de la literatura argentina iniciada en la “Oda al Paraná” del intelectual negrero Lavardén— son grados de la resistencia que despliegan un itinerario de “creciente heterodoxia” en el cual se anticipa la producción de Rodolfo Walsh. La diacronía es el eje sobre el que se inscribe el trayecto que conduce de preanunciar a denunciar.

El último ensayo crítico de Viñas es *De Sarmiento a Dios* (1998). El itinerario del libro, ocupado de los viajeros argentinos a los Estados Unidos, insiste en reponer el trayecto de degradación de la *causerie* en crónica de sociales o directamente en chisme. El cierre de la serie, Horacio de Dios, trivializa todos los momentos previos que podían transitar cierta originalidad o incluso algún episódico disconformismo. El lamento del frugal ecologismo de Eduardo Wilde se desvanece sobre el año 2000 (“Las robustas pero depredadas secuoyas de la *gentry* en el 1900, cien años después se han achaparrado en bosques navideños”), mientras el cuestionamiento y las ironías de Groussac sobre el imperio se desvirtúan en el ideal de figuración a la usanza norteamericana que practica de Dios.

Para exponer su rechazo de la payasesca actuación de de Dios, al final del libro Viñas apela a la denegación para definir la relación de la Argentina con Estados Unidos. Lo que parece pura denotación es en realidad el reclamo que desborda las cuatrocientas páginas del libro, con vehemencia variable pero asido del modelo dialéctico cuyas alternativas proveen las consecuencias más fecundas para la crítica: “no como una relación de vaivén, horizontal, sino como una subordinación que, en lo esencial, implica el nexo amo-esclavo. No como un contrato social, sino una relación perversa”. El contrato social se revierte en pacto fáustico: eso ha devenido el panamericanismo cuya estribación final fueron las “relaciones carnales” que cierto canciller argentino voceaba en la equívoca seducción del Departamento de Estado como deplorable *objet trouvé* de la dominación menemista.